

La Épica de Vaelthræz

Ascendido fue Vaelthræz desde las profundidades de Thæronth. Y el viento impetuoso se alzó, pues la propia naturaleza vislumbraba por vez primera un Resurgido de las Profundidades. Recorrían vastas hendiduras sangrientas por el cuerpo de aquel que desafió la propia resistencia de los fuegos y la locura, aquel que había salido de la prisión de la propia muerte por su mano maldita en profecía. Se erigía así Vaelthræz. La espada Neravín alzada hacía los cielos, queriendo invocar tal vez una ráfaga de látigos que salvaran al pueblo de Kórvel de la criatura de las sombras. Aquella criatura que había hecho sucumbir a una población entera bajo su yugo, y alimentado era este ser con la sangre de los indefensos pueblerinos ¡Ay de ellos! El joven guerrero, que de lejos vino sobre sus pies sin aguardar descanso alguno, ahora era la llama de la esperanza ante la decadencia por las sombras acechantes. Tras derrotar a la perdición de lo más hondo de la tierra, se dirigió hacía Morath-Nhareth, aquella zona donde el monstruo de horrendo físico asolaba todo a su paso a través de terror y mancillación. Montó Vaelthræz en su corcel de oscuro pelaje iridiscente, el cual las crónicas hacían llamar Gradnær Llamasombría. Y marchó el guerrero con decidido semblante, y en su augurio no había maldad o bienaventuranza dictada, pues los propios designios de otros tiempos, de otras eras, en un enfrentamiento de su propio hado se hallaban.

Y así cabalgó el guerrero de Enan, envuelto en el destino marchito de unas almas puras y de buen hacer, que eran atormentadas tiempo hacía por aquel horrendo monstruo

de los bosques del norte. Conforme Gradnær se acercaba hacia su paradero, opresivos se volvieron los vientos, cual martillo forjando la dureza del metal. Más aquella sensación no era más que la degradación de la bondad asentada en las eras de antaño, desaparecida ahora por Zælkoth. La montaña de Morath-Nhareth, hallaba en su cima Negras Nubes que fulguraban la desesperación de lo inevitable, del Mal que había regresado de las profundidades y se expandía cada vez más sobre las tierras de los umbros. No había árboles, no desde que el horrendo monstruo hollase aquella tierra de verdes campiñas. Ahora había corrupción de lo puro, la osadía inquebrantable de la esclavitud, y la encarnación de la malignidad.

Con apesadumbrados ojos observaba como su antigua tierra —otrota activa y de bellas flores, de raíces profundas y de animales cazadores—, se postraba ennegrecida y ensangrentada por los estragos que, en aquel lugar, masacraron la tranquilidad heredada por sus antecesores. Vaelthræz se hallaba en el pie de tales riscos guardianes. Alzó su cabeza hacia los cielos, y vislumbró así los negros humos que fulguraban desde las casas quemadas; atronadores eran los gritos que, desde largas distancias, desesperantes se oían. Vaelthræz Se dispuso a reanudar su galope, hasta que un conjunto de extremidades cayeron desde lo más alto de los riscos Rakmor. Largas hileras de sangre —como nacimientos de ríos montañosos—, se desprendían sobre las paredes de aquellas altaneras piedras.

El rostro de Vaelthræz fue endurecido ante tal ver, y un hálito, una imperecedera llamarada, en su corazón profundo nació. La desesperanza de aquellas personas, personas de bien, de los pueblerinos cotidianos, se convirtió en la fuente vital de la

vida del monstruo Zælkoth. Y el semblante del joven guerrero no fue dubitativo, pues era conocedor de su destino y misión. Mas la derrota no vendría únicamente de la fuerza de Vaelthræz, sino de su entrega a la Madre de la Noche, a la Reina de lo Desconocido. Fue así como cabalgó raudamente. Conforme las pezuñas de Gradnær se postraban sobre el suelo de la tierra, más coraje tenía el jinete, conforme más escuchaba la respiración de su fiel compañero, más le invadía la sensación de realizar un bien mayor a sí mismo, a su propia historia, por aquel pueblo ahogado por las garras de la tergiversación.

Elevándose sobre el escarpado camino que ascendía sobre los riscos, vislumbró, de soslayo, el pueblo Kórvel; Centenares de cuerpos ya putrefactos fueron presa de la tierra, y de sus habitantes más carroñeros. Las casas quemadas, de ascendido fuego, no dejaban sino la sensación de una vida ya marchitada a la corrupción. Allí observó Vaelthræz el Gran Salón: Aquel lugar donde antaño celebrados fueron fiestas y ritos. Conforme se acercaba sobre su montura y con decisión, unos gritos y desmembramientos se oyeron en el interior de aquellas sagradas maderas. Y, tras ello, vociferó el guerrero:

—¡Bestia inmunda de las profundidades de otras eras, ven a mí, pues traigo la contemplación de tu propio destino!

El monstruo Zælkoth salió sobre el umbral de los arrancados portones; en su boca llevaba una pierna de una mujer umbrina. Su semblante, alto como colosos montañosos celosos del propio cielo, y su rostro desfigurado e imberbe, parecido a una

maldición desdichada. Proliferó una voz desde sus entrañas. Sus largos pies al instante se abalanzaron sobre el joven guerrero. Vaelthræz, con Neravín desenvainada, realizó fintas ante el intento de aplastamiento de la horrible criatura, mas esta, lo cogió. El guerrero gritaba de ira, realizando fuerza para intentar escabullirse de aquellas horripilantes manos que tenían sed de sangre, sin embargo, fue en vano. ¡Así ocurrió!, que el guerrero, con su arma imbuida en la pujanza dictada por poderes más inmensos a lo umbro, clavó Neravín en la mano de la criatura. Y Zælkoth lo arrojó sobre el ennegrecido suelo de su contienda.

Vaelthræz, jadeando, se posó sobre su propia arma, y de nuevo se alzó sobre sus propias piernas. En un instante, vislumbró los riscos Rakmor. Antes de que la criatura estuviera ya encima, rodó sobre el suelo, esquivando así el mortal ataque, y rápidamente se dirigió hacia el desfiladero de los riscos. La criatura, obnubilada de ira y desprecio, lo siguió sin división. Así estuvieron ambos en las adyacencias del abismo, un abismo el cual no tenían fin desde tal altanero lugar. Cuando sus rostros se hallaron entre sí, las Negras Nubes que esparcían oscuridad sobre los cielos, a su vez, lucharon contra la luminosidad del poderoso amanecer.

Zælkoth vociferó, y de su boca fue segregada líquido negro de sus propias entrañas, anhelando comida para saciar un apetito devorador. Alzó así Vaelthræz a Neravín, y esta, elevada sobre el joven guerrero, pareció llenarse de la gracia de bondad y tuvo pureza en su acero. Sin contemplación, ambos se abalanzaron sobre el otro, en las lindes de las profundidades de Rakmor. La criatura tergiversada largas zancadas dio hasta su presa, y Vaelthræz proliferó griteríos bárbaros desde lo más hondo de su

propia alma, anhelando salvar a aquella gente que había sido devastada por la mano de la corrupción. Vaelthræz lanzaba estocadas y diversos tajos al cuerpo de la bestia. Esta gritaba, pero no dejó que aquel hombrecillo —pues de gran altura lo superaba—, le hiciera significantes cortes.

Zælkoth, el innombrable monstruo, lo agarró sobre sus dos piernas y lo zarandéo de un lado a otro. Vaelthræz desgarró con Neravín la mano de aquel monstruo nuevamente, pero, antes de que este se librase de su cautiverio, la criatura lo atravesó con su vasta uña. El guerrero exhaló un ahogado suspiro, más no decayó su semblante ante la uña perforada. Sin atisbo de lentitud, dejó que la criatura lo acercase a su boca, pensando que estaba muerto. Y conforme los dientes de aquel ser estuvieron cerca, desgarró de abajo hacía arriba toda la parte superior de Zælkoth.

Devastador fue el grito que pronunció la criatura Zælkoth, y el guerrero fue depuesto en la propia tierra. Con la criatura desangrándose, el héroe —atravesado por la propia uña—, se alzó nuevamente sobre Neravín. Observó a la criatura retroceder, realizando bramidos que procuraron sangre sobre su propio odio; Zælkoth retrocedía, acercándose sin percatarse del vacío de los abismos de los riscos Rakmor. El joven guerrero, con solemne semblante, aún con la uña incrustada sobre su pecho, y con sus propias piernas desmoronándose por el combate contra la criatura, se acercó hasta ella tan rápido como sus propias fuerzas se lo permitían.

Desfallecían sus colosos, y se caía sobre el frío suelo, más Vaelthræz se volvía a erigirse. Su cuerpo reclamaba un descanso que él no estuvo dispuesto en aquel instante a

conceder, no en aquel instante donde debía terminar con Zælkoth. Cuando estuvo cercano a sus piernas, la criatura, con el pecho abierto y sin un brazo, detuvo sus griteríos, observó al joven guerrero aún vivo, pese a toda la sangre que recorría su cuerpo. No observaba en él ningún atisbo de miedo o terror, reconoció así que no era como los ciudadanos indefensos de Kórvel que había asesinado y comido. La criatura, intentó huir hacia lejanas tierras, pero, tal fue la cercanía de Vaelthræz hacia él, que únicamente quedaba saltar hacia el fondo de los riscos, su muerte así augurando.

Entonces el rostro de Zælkoth se tornó inmundado, y con un movimiento más lento, se abalanzó hacia el guerrero. Sus piernas ya no proliferaban largas zancadas, ¡Pues no respondían a su maligna voluntad! La lentitud se hizo uno con él, y ya no podía aplastar a su presa. Así mismo, Vaelthræz Uñaquebrada se postró hasta las patas del monstruo, y desgarró con las fuerzas existentes en su interior imperecedero las piernas a través de profundos tajos que rasgaron la propia carne de la bestia. Postró al mal encarnado sobre sus rodillas, sin fuerzas ni apenas vitalidad, lo arrojó con Neravín hacia las profundidades más penumbrosas de los riscos Rakmor.

¡Se giró Vaelthræz sobre su propia semblante, y se postró sobre sus rodillas! ¡Descansó su mano sobre Neravín clavada en aquella negra tierra, y alzó su rostro hacia el maldecido cielo!

—¡Heme aquí, yo, Vaelthræz, que he derrotado a la bestia Zælkoth que atormentaba a tu pueblo, concédeme tu sempiterna gloria, oh, diosa Sifiiria, Madre de lo Desconocido y la Nocturnidad, yo, que he arrancado el mal de este desgraciado pueblo, y he librado

esta tierra de todo veneno expulsado, a ti es la gloria, Sifiiria. Que en tu seno haya lugar para mi grandeza que en crónicas será escrita y contada!

Y así, las Negras Nubes que atormentaron a la población fueron desplazadas hacia otras lejanas tierras, donde descansarían en lo profundo de la pétrea oscuridad. Y los rayos del sol abrieron los maldecidos cielos y los curaron, y la luminosidad se puso sobre el joven guerrero, tendido sobre sus rodillas y con la uña atravesada en sus entrañas.